

—¿Cómo, lo que hay de comida? preguntó el posadero.

—Sí; cualquiera cosa, me conformaré con un pollo, unos huevos, un plato de *mole*, otro de frijoles, y.... y nada mas.

—Pues es muy extraño que no sepa vd. que aquí no se vende comida, sino solamente pasturas para los animales, dijo impasible el posadero.

—¿Cómo, cómo? ¿que está vd. diciendo? ¡Ah! sí, ya comprendo. Es vd. hombre de buen humor y se quiere chanclear conmigo, al ver el terrible apetito que traigo, dijo Gil Gomez con una sonrisa forzada, queriendo él mismo disminuir el mal efecto de las palabras del posadero.

—No soy hombre que gasto chanzas, dijo éste con sequedad, le he dicho á vd. que aquí no hay comida y que solo se venden pasturas para los animales.

—¡Bien! ¡bien! continuó el hambriento viajero, intentando aturdir su dolor y caer en gracia al impasible ventero, con una estrepitosa aunque falsa carcajada, ¡bien! veo que sabe vd. llevar la broma hasta el fin, así me gusta, yo tambien soy hombre de ese mismo genio.

—Vaya, pues veo que esta vd. loco, caballero y que nada tenemos que hablar, murmuró el posadero volviendo las espaldas á Gil Gomez.

Entonces el jóven viajero comprendió la realidad de las terribles palabras de su huésped y vió que no se prestaba mucho á la conversacion y la fraternidad.

—¡Pero, y ese letrado que está á la puerta, no me da acaso derecho á pedir una comida? pregun-

tó con un acento que no se podia saber si era una disculpa ó un reproche.

—Ese letrado, caballero, hoy no tiene ya valor, puesto que el meson ha cambiado ya de dueño y que si á mi predecesor, le convenia tener aquí una fonda á mi no me acomoda vender mas que pasturas.

Gil Gomez iba tal vez á observar que se habria debido borrar el letrado para evitar equívocos; pero reflexionó que en las circunstancias en que se hallaba debia procurar no atraerse la enemistad del huésped al menos, ya que no habia podido atraerse su amistad, de manera que solo dijo con tono humilde.

—¡Esta bien! pero vd. me hará favor de darme alguna cosa de su comida, porque hace veinte y cuatro horas que no pruebo alimento, habiendo atravesado todo el dia llanuras desiertas.

—Pues tengo que desairar á vd. porque el sacerdote que ha llegado hace media hora, me ha hecho la misma súplica y le he dado cuanto habia reservado para mi cena.

—¡Maldito fraile! dijo Gil Gomez exasperado al ver cerrado por aquel enemigo invisible el único puerto de esperanza que le quedaba.

—¡Silencio, jóven libertino! gritó el posadero insolentado al ver el aspecto humilde y catadura pacífica, que el viajero habia tomado para congraciarse con él.

Gil Gomez sintió hervir su sangre á este grito insultante y altanero y sacudiendo fuertemente el brazo del posadero, que se sentia apretar por una tenaza de fierro, con su mano izquierda; mientras que con la derecha se apoyaba sobre el puño de su

espada, le dijo con acento reconcentrado de desprecio.

—¡Insolente! si vuelves á levantar la voz para mí, tendrás que arrepentirte muy de veras; quitate de mi presencia y haz cuidar de mi caballo y disponer mi cuarto.

A este acento y á esta amenaza el posadero cambió como por encanto, bajó la cabeza y fué á ejecutar lo que se le habia mandado.

Gil Gomez comprendió que al romper con el posadero, no le quedaba ya mas puerto de salvacion, para satisfacer su apetito, que la clemencia de su desconocido enemigo el sacerdote, y tomada su resolucion por esta parte, preguntó á un criado que atravesaba el patio, conduciendo un caballo que aunque de mal aspecto á primera vista, desde luego pareció al jóven, que era una autoridad en esta materia, un escelente y fuerte animal para el camino.

—¡A quién pertenece ese magnífico animal?

—Al señor sacerdote que se ha alojado en el número cuatro, respondió el criado, admirado que alguno pudiese llamar á aquella cabalgadura de tan ruin aspecto, con el título de “magnífico animal.”

—Con ese caballo, podría uno atravesar toda la Nueva España, y su dueño no sabe lo que tiene, pensó Gil Gomez y despues de haber permanecido un momento silencioso como si fraguase algun plan atrevido, se dirigió al cuarto número 4 que le habian designado como habitacion del digno sacerdote, y llamó tímidamente á la puerta.

—¡Adentro! dijo una voz destemplada y vinosa.

—Gil Gomez abrió la puerta y se encontró frente á frente de un frailecito rechoncho y colorado,

de ojillos pequeños y vivarachos, de frente estrecha y que vestia el traje de los viandantes de la órden de San Francisco; estaba sentado á una mesa encima de la cual se veian algunos platos con alimentos, una torre verdadera de *tortillas* y un vaso enorme de color verde que aunque debia haber estado lleno de pulque, ahora solo lo estaba en la cuarta parte, merced á las libaciones del frailecito.

Gil Gomez saludó cortesmente al reverendo, tomando el aspecto mas compungido y mas mustio que pudo.

—Buenas tardes, amiguito, ¿qué se ofrece? preguntó el frailecito despues de haber alzado sus ojos para ver á Gil Gomez, y vuelto á bajarlos para continuar comiendo, ó mas bien devorando lo que tenia delante.

—Como su paternidad y yo somos, segun parece, los únicos huéspedes que debemos alojarnos esta noche en la venta, he pasado á visitarle y á gozar un rato de su conversacion, respondió el hambriento viagero, admirado de ver desaparecer como por encanto la torre de *tortillas*; quedando ya casi reducida á sus cimientos.

—¡Bueno! ¡bueno! pues siéntese vd. y hablaremos.

—¡Buen apetito! segun parece, continuó el jóven, viendo que si no se apresuraba, iban á salir fallidas las esperanzas que habia concebido.

—¡Oh! si, con razon, como que hace dia y medio que no he probado bocado, dijo el sacerdote hablando con dificultad porque tenia la boca llena.

Gil Gomez iba tal vez á desmentirle, pero consideró que en vez de perder un tiempo precioso en

inútiles discusiones, debía lo mas pronto posible ganarse la voluntad de su paternidad, y se limitó á decir tímidamente:

—Yo tambien, hace veinticuatro horas que no como.

—¡Ah! sí, ya comprendo; ha hecho vd. que le sirvan su comida en mi cuarto, para que comamos juntos y al par conversemos. Bien hecho, perfectamente, á mí me gusta la sociedad.

—Nada de eso, señor, nada de eso, porque en toda la venta no se encuentra mas comida que la que su reverencia tiene delante.

—¡Oh! sí, estos caminos son malísimos, y estas posadas muy inclementes, le aseguro á vd. amiguito que en los ocho dias que hace que me ausenté de mi convento, he pasado unos trabajos, que solo puedo sufrir esperando que su Santísima Magestad me los tenga en cuenta, dijo el fraile, alzando hipócritamente los ojos al cielo, á tiempo que engullia un enorme bocado, con que cualquier otro que aquel insaciable gastrónomo se habria satisfecho muy regularmente.

Gil Gomez sintió impulsos de arrojarle sobre el fraile que tan hipócritamente mentia y que á pesar de haber comido perfectamente ahora y en la mañana, se negaba á participarle de una pequeña cantidad de alimentos con que el jóven habria satisfecho la imperiosa necesidad que lo devoraba; pero pudo contenerse y decir:

—El convento ha hecho muy bien en elegir para sus negocios á una persona tan digna como su paternidad, que lleva por norma la caridad que se encierra en esas hermosas palabras de las obras de misericordia; “Dar de comer al hambriento.”

Esta vez el tiro era demasiado certero.

—En efecto, “amarás al prójimo como á tí mismo,” dijo el padrecito recalcando la pronunciacion sobre las dos últimas espresiones, y sin dejar un momento de engullir. Siempre he llevado yo por norma esas espresiones de los mandamientos de la Ley de Dios.

Gil Gomez conoció que por aquellas indirectas tan directas no podia sacar ningun partido del franciscano, y se dió prisa á declarar resueltamente su intencion, porque nada mas quedaban dos platos, que aunque podrian muy pasablemente haber satisfecho el hambre de cuatro personas racionales, no podian sin embargo, parecer gran cosa al ruin y engullidor franciscano, de manera que dijo:

—Pero ¿no podria su reverencia darme, aunque sea una tortilla, unas cucharadas de ese inmenso plato de frijoles y un poco de ese mole con que ahora se está deleitando?

—Parco es vd. en el pedir, caballero, pero con sentimiento le digo que como yo soy hombre que viajo, por la voluntad de Dios y para el bien de los pecadores, necesito conservar mi salud, que con nada se altera mas que con la falta de alimento, y como probablemente voy á dejar de comer otro dia y medio, como ahora me ha sucedido, quiero de una vez prevenirme para todo ese tiempo.

Y al decir estas palabras, el padre pasaba limpio ya, el plato del mole, preparándose á engullir con la misma precipitacion el último que quedaba de los cuatro.

Gil Gomez sintió un movimiento de profundo desprecio, hácia aquel hombre que se negaba á hacer, lo que él y cualquier otro habrian hecho en

circunstancias semejantes, pensó que en la mañana había hecho aunque sin saberlo lo mismo, y un pensamiento de violencia cruzó por su imaginación exaltada por el hambre. Era más fuerte, tenía justicia, estaba en una pieza encerrado con el franciscano y podía obligarle por la fuerza á ejecutar lo que debía haber hecho por la caridad y el derecho de gentes; pero él era grande y generoso, y hubiera puesto en práctica su pensamiento, solo con un hombre más fuerte que él, y no con aquel endeble é inofensivo fraile, así es que desechó sus ideas siniestras y determinó tomar una venganza de igual especie que el pequeño mal que se le había hecho y ¡cosa rara! para ponerla en ejecución pensó en el magnífico, aunque de ruin aspecto, caballo de su enemigo, que él, en su calidad de buen conocedor, había calificado á primera vista de excelente para correr sin fatigarse, que era lo que necesitaba para lo cual le era completamente inútil su caballo ciego, que además de esponerlo á mil peligros, había podido correr solo el primer día, gracias al reposo en que había un mes estaba; pero que al día siguiente se negaría á galopar una sola hora.

Esta lucha y este plan que se forjó en su imaginación le tuvo absorto cerca de cinco minutos, tiempo durante el cual, el padrecito hizo pasar al inmenso abismo de su estómago hasta el último fragmento de comida, dejando los platos tan limpios que ya no tenían necesidad de ser lavados.

—¡Vamos! ¡porqué está vd. tan triste? dijo este mirando á Gil Gomez con ojos medio dormidos, merced al inmenso vaso de pulque cuyos va-

pores comenzaban á subir á su cerebro desde su estómago.

—Es que aun tenía yo que pedir á su reverencia otro favor; pero no me atrevo.... dijo el jóven tomando el aire más cándido que pudo.

—A ver, diga vd., y si es posible....

—He visto el caballo de su paternidad y....

—¡Ah! sí, un caballo, que he comprado ayer en un meson y que no sabe más que ir á galope todo el día, tan feo, como tan manso.

—Es, que con todo y eso puede tener admiradores, observó tímidamente Gil Gomez.

—Pues no se cómo eso sea, ni quien....

—Yo, por ejemplo

—¡Es posible.... vd.?

—Señor, le diré á su reverencia con franqueza lo que hay. Yo soy un jóven á quien envían sus padres al colegio; pero como siempre he vivido en la ciudad y jamás he caminado, no sé absolutamente montar á caballo y por consiguiente he venido con mucho miedo por todo el camino, porque el caballo que me dieron mis padres es el mejor de su hacienda y está valuado en trescientos pesos, ya se figurará su paternidad que clase de animal será; él por otra parte parece bastante dócil á la rienda; pero yo sin embargo, prefiero tener uno mansito, aunque sea feo y le propongo á su paternidad un cambio.

—Pero yo no conozco al animal ni lo he visto andar, dijo el franciscano, procurando disimular la codicia que sentía de poseer aquel caballo, que valía trescientos pesos.

—Si su reverencia quiere pasar á la cuadra para que lo veamos, dijo Gil Gomez.

—Vamos, continuó el franciscano.

Y los dos salieron de la pieza dirigiéndose á la cuadra. Ya era completamente de noche, de manera que pidieron un farol para alumbrarse por el oscuro corral y poder reconocer al famoso animal. Gil Gomez le ensilló y le montó lo mas torpemente que pudo, á fin de hacer creer al religioso lo que acerca de su habilidad en equitacion le acababa de decir, despues tomando el farol, anduvo por toda la estension de la caballeriza, teniendo buen cuidado de alzarle la rienda á fin de que tomara un paso airoso y sin tropiezos.

El franciscano que contempló á aquel animal de tan bellas formas, de tan hermoso color, de tan nobles movimientos y de tan gallardo andar, no pudo menos de felicitarse interiormente de la casualidad que le habia hecho encontrar un colegial, que tal vez con una friolera de ribete le cambiaria por el suyo indudablemente inferior.

—¿Que tal? dijo Gil Gomez, que al descuido, habia observado los menores movimientos del franciscano.

—No es muy bueno, el animal; pero sin embargo haremos trato ¿cuáles son las condiciones?

—El caballo de su paternidad y cien pesos de ribete, dijo el jóven.

—Ya es mio ese magnifico animal, de á trescientos pesos, y he ganado ciento cincuenta lo menos, porque mañana mismo lo vendo en la primera parte que se me proporcione, pues en cualquier meson me lo compran por ese precio; estoy seguro; pensó para sus adentros el franciscano.

—¡Ah! pícaro fraile, ya caiste y aunque me ofrezcas la mitad, siempre habré ganado cincuenta

pesos, que tu habrás perdido en union de tu caballo, porque mañana ó pasado, tendrás que dejar en el primer meson, ese inutil mueble, pensó á su vez Gil Gomez.

El franciscano para disimular su alegría, tomó el farol y reconoció, segun es costumbre, el colmillo; pero se pudo alegrar mas, porque estaba mirando que era jóven, demasiado jóven todavia.

—¿Se resuelve por fin su reverencia? preguntó el primero Gil Gomez.

—Es demasiado caro por que es mucho lo que quiere vd. de ribete.

—¡Ah! pues entonces ni hablemos mas, dijo el jóven descontento y volviendo las espaldas.

—No, no, aguarde vd, verémos si siempre nos arreglamos, daré cincuenta pesos y mi caballo.

—Es muy poco.

—Sesenta.

—Todavía es poco.

—Setenta.

Gil Gomez pareció ablandarse.

—Aumente otro poco su paternidad y queda cerrado el trato.

—Vaya setenta y cinco, dijo el franciscano, que sentia renacer la alegría que por un momento habia perdido, al sentir que se le escapaba de las manos negocio tan productivo.

—Pues de una vez ochenta y no hablemos mas, dijo Gil Gomez.

—Vaya los ochenta, murmuró contentísimo el padrecito.

Y despues de haber dado órden á su criado, el franciscano, con un tono casi burlesco, que pusiera á disposicion de Gil Gomez su caballo y que cuida-

se del que acababa de venderle, los dos se dirigieron al despacho del posadero á fin de estender y recoger mutuamente un contrato del cambio.

—¿A qué hora parte mañana su reverencia? preguntó el jóven.

—¡Oh! no soy muy madrugador porque mi salud se quebranta, de manera que saldré á las ocho de esta posada, respondió el alegre frailecito.

—Pues siento no acompañar á su paternidad, por que debo partir á las seis cuando mas tarde.

—Pues entonces, vamos de una vez á mi cuarto para que le entregue á vd. su dinero.

—Vamos.

Y los dos se dirigieron al cuarto, donde el franciscano contó al jóven ochenta pesos en oro y plata que estrajo de un cinto que debajo de los hábitos llevaba.

—Pues ahora, ¡buenas noches! mi padre, dijo Gil Gomez besando con hipocresia la mano del franciscano.

—Adios, hijo, respondió este con tono burlesco.

—Tonto muchacho, has vendido tu magnifico caballo de á trescientos pesos en menos de cien, porque el que llevas no vale ni treinta, pensó uno cuando el otro hubo salido.

—Bribon fraile, me has pagado el mal rato y el hambre que me has hecho sufrir en mas de cien pesos, porque dentro de dos ó tres días, no te dan por la maula que llevas ni veinte, pensó á su vez el otro cuando se encontró fuera del cuarto.

Gil Gomez corrió á su aposento, guardó cuidadosamente su dinero en su maleta, despues se dirigió á la cocina, consiguió con mil trabajos un pedazo de pan y una taza de pésimo y negruzco chocolate

con el que apenas satisfizo el hambre que le devoraba, pagó al huesped adelantado el precio del cuarto y de la pastura de su nuevo caballo, al que hizo dar un buen pienso y se tendió sobre el durisimo y estrecho jergon que habian bautizado con el nombre de colchon, adonde no tardó en dormirse profundamente.

A las cuatro de la mañana se levantó, ensilló su nueva cabalgadura, atándole á la grupa su maleta, y la sacó en silencio al camino.

—Pícaro fraile, tu debes partir hasta las ocho y por consiguiente te llevo cuatro horas de ventaja; cuando conozcas el chasco que te he pegado ya será demasiado tarde, dijo Gil Gomez lanzando su caballo á galope.

A las diez almorzaba perfectamente en un meson del camino real, desquitándose del hambre del dia anterior, y al despedirse, preguntaba á la posadera.

—¿No ha pasado por aquí un jóven alto, pálido que monta un caballo negro?

—Aquí ha dormido cabalmente esta noche; pero ha partido al amanecer, le respondieron.

—Está bueno, tu tambien me llevas cuatro horas de ventaja; pero con este lijero caballo hoy mismo me uniré contigo hermano mio, pensó Gil Gomez.

Y de nuevo lanzó su caballo al galope siguiendo la direccion del camino real.